

AVISOS

El sustentar la fama propia a costa de la infamia ajena es prueba de ruindad extraña: tal reputación pasará cual brillo fatuo.

No sólo de pan vive el hombre, pero si no come pan, se muere. El hombre que se afana en noble tarea a tu servicio y deja a tu discreción su salario, muestra generoso ánimo y sutil gentileza. Si por egoísmo, indiferencia o desagrado no estás a la altura de su entrega sublime, eres el hombre más ruin de la tierra.

Esta vida tan sólo es digna de vivirse, en cuanto nos da ocasión de poderla quemar en aras de un ideal.

La vida fácil durante la juventud es fuente de egoísmo en la edad madura: engendra en el ánimo apocamiento y desgana para el sacrificio.

La entrega de sí mismo en beneficio de los demás cautiva los corazones, llena la lengua de alabanzas y es templo de amistad sincera.

En política es rara la entereza: muchas veces, con el alarde ostentoso de un fingido entusiasmo, eludimos las obligaciones que tenemos por razón de nuestro oficio, si es que no ocultamos fines egoístas o ambición malsana.

La meditación reposada sobre la proporción entre los fines y los medios, antes de iniciar un propósito, da saludable energía y entereza en la realización del mismo.

«PRUDENS»

IDEARIO EXTREMEÑO

Porque en el siglo presente—muy más grande ser conviene—el temor que el rico tiene,—que el dolor que el pobre siente...

TORRES NAHARRO

ORO VIEJO

La calumnia

Reptil inundo de asquerosa baba,
hipócrita, mezquino, maldiciente:
donde muerde tu diente,
fama, honor y prestigio, todo acaba.

No hay por ti honor seguro,
ni paz del alma que turbar no trates:
asfixia tu pulmón el aire puro,
y tramas en la sombra tus combates.

Eres ruin y cobarde:
usas galas y aliños de ramera:
y es un fuego tu fuego que arde, y arde,
sin humo negro ni fulgor de hoguera.

Eres cosmopolita,
como el del Mal tu origen es eterno;
y tu stirpe maldita,
entronca su solar en el Infierno.

Tu sanguinaria zarpa
semeja a veces mano que acaricia,
sabe fingir tu voz tañido de arpa,
y cubres de oro falso tu inmundicia.

Te conozco muy bien; te he padecido.
y entre las fibras de mis carnes duras,
mil veces he sentido
tus fieras y sutiles mordeduras.

Que existas nos conviene,
por contraste, a los pechos esforzados.
No es oro, el oro que crisol no tiene,
y es más puro el honor entre malvados.

¡Ven!... acércate a mí. Vierte el veneno,
que no soy ni un vencido ni un sumiso;
yo estoy hecho a marchar por entre cieno,
y no me salta al rostro lo que piso.

Que tema de tu dardo el golpe fiero
aquel que tenga espíritu lacayo.

Mi cuerpo es pedernal, mi alma es acero
que embotan el empuje de tu rayo.

Dí a los que se alimentan con tu jugo,
que, entre las cuerdas de mi lira rota,
tiene para sus lenguas de verdugo
un desprecio, mi canto, en cada nota.

FRANCISCO BELMONTE.



NOTAS A EÇA DE QUEIROZ

ACABO de leer la «Vida de Eça de Queiroz», de Enrique Segura. La amable lectura de obra tan exquisita me ha llevado a revolver viejas notas de lector, que yacían en el olvido de mis papeles. Ahora, las ofrezco a Enrique Segura, como flor de amistad, devoción y agradecimiento por el envío de su libro.

MODERNIDAD

He vivido dos o tres tardes fascinado por un bello libro: «La Ilustre Casa de Ramires». Su autor, Eça de Queiroz, uno de los primeros novelistas del mundo, es un novelista del realismo, sin duda, pero tiene una incomparable modernidad. Hasta el punto de creer honradamente que si en la novela como en la poesía no dominase el ánimo estúpido de singularizarse (hoy ya va siendo borreguismo tópico) el arte de novelar de Eça de Queiroz, podría ser ejemplar en esta misma hora de las letras.

La escuela realista, admirable por otra parte, produjo una novela demasiado atada a la realidad; y aún esto se extremó con el naturalismo. No había hueco en ella para una interpretación lírica de la vida y del paisaje; a veces, el paisaje, faltaba en absoluto. Como reacción contra el idealismo de menor cuantía de la novelística romántica, estaba bien; como solución literaria era incompleta. Volcar la vida en las páginas de un libro, así como el cadáver en la sala de disección, es eso: ofrecer carne muerta. Hacía falta algo más: el soplo lírico; echar el alma del autor sobre el análisis del contorno, enseñarnos su manera íntima de ver el mundo que mostraba a sus lectores. ¡Alma! Ironía, sentimiento, amor y regusto de espectador que interpreta, que se mezcla, con la humanidad de la obra y con la escena donde esa humanidad se agita. Este es el secreto del encanto que ha ofrecido la novela de este siglo, a pesar de no haber contado con figuras tan gigantescas como tuvo en la centuria pasada.

Eça de Queiroz, naturalmente, no tiene esta modernidad, pero la apunta ampliamente, tan ampliamente que es de hoy todavía y tal vez será siempre de mañana. Eça escribía cuando lo hacían los grandes maestros del siglo XIX, pero éstos no habían atisbado el porvenir; con todo su genio indiscutible se arrastraban demasiado fuera de ellos mismos; se les puede leer, pero no se les puede sentir. A Eça, sí; Eça de Queiroz es nuestro. tuvo la intuición de la modernidad; parece que nació cuando sus contemporáneos morían.

Así, el descubrimiento de Eça ha sido la experiencia más impresionante de mi vida de lector, en lo que respecta a novelas. Admiro profundamente a Eça de Queiroz; me parece una de las más legítimas y puras glorias de la novela contemporánea.